

de cuatro ó cinco mil hombres, que parecían espectros mejor que no soldados, con trajes hechos pedazos, las armas inutilizadas, los piés ensangrentados, sin zapatos, sin artillería, sin bagajes, en plena desbandada, y es de esta manera triste y ridícula como se presentó delante de Lisboa el día 30 de Noviembre por la mañana. Llegaba, pues, en el momento preciso que le había indicado Napoleón; pero si se hubiese encontrado en el ejército portugués un puñado de hombres resuelto para atacar esta legión de fantasmas, ni uno de sus soldados hubiese sobrevivido á esta loca carrera. Felizmente para Junot y para sus tropas el prestigio del gran ejército cubría su debilidad.

En el momento en que la cabeza de la columna de las tropas francesas se presentaba en los alrededores de Lisboa, la armada portuguesa, detenida durante algunos días por los vientos, hacía vela para el Brasil llevándose al regente, su madre, toda la familia real y con la corte todos los amigos y servidores que querían compartir hasta el final su fortuna, en todo siete ú ocho mil personas que iban á buscar una nueva patria al otro lado del Océano. El regente, príncipe adorado por sus súbditos por su bondad y la dulzura de su administración, no podía resolverse sin gran pena á un tan doloroso destierro, hubiera querido ahorrar sus pruebas á tantos infelices inofensivos que apenas conocían el nombre del autor de sus males. Esforzóse, pues, todavía en aquietar á Napoleón, declaróse pronto á consentir todas las condiciones puestas hasta á aquellas relativas á la confiscación de los bienes y arresto de las personas. Todo fué inútil, ni siquiera se dejó penetrar en el territorio francés á su embajador Marialva. De él no se quería más que una cosa, su reino.

El 27 de Noviembre, en un día frío y lluvioso, salió del palacio de la Ayuda, rodeado de toda su familia, en medio de una multitud conmovida que le saludaba con sus bendiciones y sus lágrimas. Cerca de él se veía, como imagen viva de la desgracia, á la reina su madre, que hacía ya años era loca y á la que se había sacado de su retiro, y allí en pleno día, con los ojos extraviados, parecía como querer comprender lo que significaba aquella escena de desolación que se desarrollaba á su lado. El embarque se hizo en medio de la más profunda tristeza, bajo la protección de la escuadra inglesa que mandaba Sidney Smith. La escuadra zarpó en el momento mismo en que ya podía ser alcanzada por las balas francesas.

Junot se estableció pacíficamente en Lisboa, en donde fué reuniendo poco á poco el resto de su ejército, luégo tomó sin disparar un tiro posesión de todo Portugal, no dejando á los dos cuerpos auxiliares de Solanco y de Taranco más que el papel de espectadores.

Junot, de un natural turbulento, pero bueno y generoso, nada hubiera querido tanto como hacer olvidar insensiblemente á los portugueses las desgracias de su patria por la dulzura de su administración; pero tenía que ejecutar las órdenes de un amo inexorable que no creía más que en el poder del miedo.

Napoleón le reprochaba sus atenciones como una traición; estaba impaciente para apoderarse de los despojos de ese pequeño pueblo sin defensa. «La esperanza que concibió del comercio y de la prosperidad, le escribía el emperador, es una quimera con la que os dormís. ¿Qué comercio hacer en un país que está bloqueado y en circunstancias de guerra tan inciertas como las en que se encuentra Portugal?» Fué, pues, necesario confiscar, aprisionar, desterrar y castigar con contribuciones extraordinarias. Recibió orden de desarmar y deportar en Francia todas las tropas portuguesas, y con ellas todas las personas sospechosas de adhesión á la familia real, según se lo mandaba Napoleón á Junot el 20 de Diciembre de 1807. Junot creía que con estas inexorables medidas una vez cumplidas estaba ya libre de toda clase de disgustos, cuando recibe de Napoleón un decreto fechado en Milán que iba á completar para muchos años la ruina y miseria de las poblaciones portuguesas. Ese decreto imponía á Portugal una nueva contribución que ascendía á cien millones de francos, «para servir, decía Napoleón, al rescate de todas las propiedades bajo cualquiera denominación que tengan pertenecientes á particulares.» Después de este principio, que presentaba todas las propiedades privadas como perteneciendo de derecho al emperador de los franceses, era del todo supérfluo añadir que todas las propiedades de la corona, de los príncipes y de los señores emigrados eran suyas así como las rentas públicas. Dicho se estaba también que el cuerpo de observación sería en adelante sostenido á cargo del pueblo que tenía por misión oprimir, disponiendo además, que recibiera gratificaciones suplementarias que subían á la mitad de su sueldo. Como consecuencia de esas espantosas expropiaciones que pesaban sólo sobre un pueblo de tres millones de habitantes, privado al mismo tiempo de sus colonias, de su comercio y de todas las fuentes de

riqueza, el reino se encontró en cierto modo devorado de una sola vez. Pero lo que en todo ese decreto imperial y real, expresaba tal vez mejor el espíritu que presidía á las conquistas francesas, era un articulo así concebido: «A contar del 1.º de Diciembre del presente año, se dará á cada hombre de nuestro ejército de Portugal, una botella de vino, independientemente de los víveres de campaña previstos por nuestras ordenanzas;» (artículo 8.º) Los historiadores imperialistas se han extasiado á sus anchas con esas grandiosas palabras: «La Casa de Braganza ha cesado de reinar.» Fórmula pretenciosa y declamatoria, destinada á cubrir su acto vil y despreciable. Esta botella de vino es menos épica, pero nos pone frente á frente de la realidad de las cosas. Háblase siempre de gloria, hasta á propósito de hechos que no eran más que actos de piratería, pero se contaba más en el gran resorte del nuevo heroísmo, la cupidez y la avaricia.

España, en vista de lo que pasaba en Portugal, del desprecio manifiesto que se tenía por los compromisos más positivos y más claros, de las concentraciones de tropas que se operaban en su territorio, principiaba á comprender que se preparaba alguna sorpresa extraordinaria de que podría muy bien ser ella la víctima. Quiso, pues, ante todo poner á Napoleón en el caso de explicarse sobre sus intenciones, y de no conseguirlo, desarmarle, ofreciéndole un nuevo testimonio de su docilidad y de su adhesión.

A pesar de las negativas del emperador respecto de la petición matrimonial del príncipe de Asturias, se tenían mil pruebas indubitables de que la había alentado, sino hasta ingerido; en su consecuencia se resolvió reservarla y presentarla esta vez en nombre de la misma corona y con todas las fórmulas acostumbradas en estos casos. Escribióle el rey Carlos en los más afectuosos términos, solicitando esta unión como un favor para su casa. Poco tiempo después, le escribió una segunda carta para reclamar la publicación y ejecución del tratado de Fontainebleau, del que tan poco caso hacía Junot en Portugal. Hábil era este doble paso que se daba cerca de Napoleón, á fin de quitarle el menor pretexto de queja de España, pero la corte de Madrid era á la vez demasiado débil é irresoluble, y era sobrado víctima de sus temores para evitar el peligro. Napoleón, visiblemente embarazado para responder, se refugió en el silencio. Era precisamente para escapar á interpelaciones de ese género, por lo que había marchado á Italia; pero según su constante costumbre de reservar todas las probabilidades

que se le ofrecían para escoger luégo el partido más ventajoso, quiso ponerse en estado de aceptar la proposición del rey de España, si la necesidad le imponía este desenlace.

Entre las diversas combinaciones que se agitaban en su espíritu, había una en la que más de una vez se había fijado, y era la idea de colocar á su hermano Luciano en el trono de Portugal, caso de querer Luciano consentir en repudiar la esposa á la que había sacrificado el favor del primer Cónsul. Luciano tenía de su primer matrimonio una hija á quien debía dar estado, y quería ahora encargarse él mismo de su matrimonio. Esta hija de Luciano podría, si las circunstancias lo exigían, convertirse en prenda de una nueva alianza entre Napoleón y la casa de España. En ese caso, el trono de Portugal para Luciano y, según toda probabilidad, la cesión á Francia de las provincias españolas situadas en el Norte del Ebro, serían el precio del inmenso honor que los bonapartes habían hecho á los borbones.

La altiva é inflexible oposición que Luciano impuso á las exigencias de su hermano, hicieron que muy pronto se desvaneciera esa fugitiva veleidad. Por otra parte, poco hubiera quedado de ella si se la hubiese puesto en ejecución, pues si era fácil cosa dar el trono de Portugal á Luciano, la cesión de las provincias del Ebro á Napoleón hubiesen sin duda alguna llevado muy pronto las cosas al punto á que más tarde vinieron. Después de algunas horas de entrevista en Mantua, los dos hermanos se separaron más irritados que nunca. Sin embargo, Napoleón insistió para tener, como él decía, á la hija de Luciano «á su disposición,» y Luciano consintió en enviarla á París. «Luciano, escribió Napoleón á José, me ha parecido combatido por diversos sentimientos y no tener bastante resolución para tomar un partido. He agotado todos los medios que están en mi poder para poder emplear sus talentos en provecho mío y de la patria. Si quiere enviarme á su hija, es necesario que marche en seguida y que en su respuesta me envíe una declaración en la cual diga que me la pone enteramente á mi disposición, pues no hay momento que perder; los sucesos se apresuran y es necesario que mi destino se cumpla;»—17 de Diciembre de 1807.—La hija de Luciano partió, en efecto, para París, pero Luciano persistía en rehusar una corona que debía costarle su felicidad doméstica, no siendo su hija más que el juguete de una fantasía desordenada. En efecto, aún no había llegado Elisa á París, cuando ya Napoleón había renunciado á su proyecto de matrimonio.

Resumiremos en pocas líneas ahora, lo que Napoleón hizo en Italia, dejando á Lanfrey.

Visitó á Milán, Turín y Venecia, siendo en todas partes acogido con gran entusiasmo, y para dar cuerpo á la idea del pretendido reino italiano que tanto hacía en su favor, adoptó solemnemente al príncipe Eugenio. Esta era la prenda que de la futura independencia del reino de Italia, daba á los patriotas el emperador de reformas políticas, salvo la creación de un *Senado consultivo*.

Pero como Napoleón por su temperamento irascible era incapaz de aprovecharse de falta alguna de sus enemigos, á la que cometió Inglaterra mandan-

do que todos los buques que hicieran el comercio con Francia ó sus aliados, hicieran previamente escala en Inglaterra, en donde debían pagar una tasa, lo que Inglaterra podía exigir por la fuerza, pero que había de irritar al mundo entero, siendo para ella causa de disgustos, contestó Napoleón desde Milán con un decreto, declarando «buena presa» todo buque que se sometiera, no ya á la orden dicha del almirantazgo inglés de 11 de Noviembre de 1807, sino á la visita en plena mar por los buques ingleses de guerra que era imposible de evitar. Así acabó por sobrepujar á Inglaterra, que se apresuró á retirar su orden, dejando á Napoleón en descubierto.



CAPITULO XV

GUERRA DE ESPAÑA

Entran en España Moncey, Duhesme y Darnagnac.—Ocupase á traición Pamplona.—Fuerzas francesas en España.—Entrá Bessieres y la guardia imperial.—Nuevos armamentos de Napoleón.—Cómo se legitimaban.—Situación y fuerzas del ejército español.—Angustias del gobierno español.—Ordena á los capitanes generales que reciban bien á las tropas.—Actitud de Napoleón.—Situación de Izquierdo.—Avisa al gobierno español.—Murat general en jefe del ejército de España.—Sus instrucciones.—Esperanzas y pretensiones de Murat.—Marcha Murat sobre Madrid: 1.º de Marzo de 1808.—Nuevas instrucciones de Napoleón.—Agítase en España el espíritu público.—Falsas explicaciones de Godoy.—Cómo se engañaba todo el mundo.—Godoy acaba por comprender el intento de Napoleón.—Resuélvase la fuga de la corte á Sevilla.—Disposiciones.—Situación de Fernando.—Se equivoca sobre la significación de la fuga.—Divúlgase en Madrid.—Sale la multitud para Aranjuez.—Motín de Aranjuez.—El 17 de Marzo.—Asáltase la casa de Godoy.—Saquéanla.—Destitución de Godoy.—Prisión de Godoy.—Indignación popular: motín del 19 de Marzo.—Asístase Carlos IV y resuelve abdicar.—Abdicación de Carlos IV.—Entusiasmo con que es acogida en Aranjuez y Madrid.—Proclamación de Fernando VII.—La reina de Etruria pide á Murat que proteja á sus padres y á Godoy.—Carta indigna de Maria Luisa á Murat: 22 de Marzo.—Habilidad política de Murat.—Obtiene de Carlos IV una protesta contra su abdicación.—Procura Murat tranquilizar al pueblo madrileño.—Recibe entusiastamente á los franceses.—Conoce Napoleón el motín de Aranjuez.—Colócase en situación expectante.—Ofrece á su hermano Luis la corona de España: 27 de Marzo de 1808.—Aprueba la conducta de Murat.—Niégase á reconocer á Fernando VII.—Ordena que los reyes y Godoy vayan á Bayona.—Falsedades póstumas de Napoleón para atribuir á otros la guerra de España.—Acércase Napoleón á España.—Envía á Madrid á Savary.—Falsedades póstumas de Savary.—Su misión no era otra que la de engañar á Fernando para que fuera á Bayona.—Toma Savary la dirección de los negocios políticos.—Carta de Napoleón á Murat para que Fernando VII no se escape y vaya á Bayona: 9 de Abril de 1808.—Nuevas é interesantes cartas en las que revela Napoleón su pensamiento: 10 y 12 de Abril.—Sale Fernando con Savary al encuentro de Napoleón creyéndole que está en Burgos: 10 de Abril.—Cómo se decidió el viaje.—Actitud de los pueblos al pasar Fernando.—Espanto de éste por no encontrar á Napoleón en Burgos.—Niégase á continuar adelante al llegar á Vitoria.—Corre Savary al encuentro de Napoleón.—Nuevos engaños de éste.—Amonesta el pueblo de Vitoria á Fernando para que no vaya á Bayona.—Actitud de Urquijo.—Propone el duque de Mahón al rey fugarse á Bilbao.—Resuélvase la partida.—Opónese el pueblo de Vitoria.—Declárale Fernando VII que su voluntad es partir.—Atraviesa la frontera: 20 de Abril.—Sabe camino de Bayona la actitud de Napoleón.—Llega á Bayona: su alojamiento.—Visita de Napoleón: invítale á comer.—Retírase Fernando á su alojamiento.—Acompáñale Savary quien le comunica que Napoleón ha declarado que los borbones habían acabado de reinan en España.—Entrevista de Napoleón y Escoiquiz.—Quiere que el canónigo arranque á Fernando VII su abdicación.—Ofrece á Fernando el reino de Etruria.—Niégase Fernando á abdicar.—Sale Godoy para Bayona.—Públicase en Madrid la protesta de Carlos IV.—Marcha de Carlos IV y su esposa á Bayona.—Gana Napoleón á Godoy.—Cómo juzgaba Napoleón á los borbones españoles: 1.º de Mayo.—Entrevista de la familia real delante de Napoleón: reconvencciones.—Quiere Fernando abdicar delante las cortes.—Exige Carlos IV á Fernando VII su abdicación: 2 de Mayo.—Nombra á Murat lugarteniente del reino.—Madrid: el 2 de Mayo.—Cómo se fué preparando.—Salida de los infantes.—Asesinatos.—Insurrección popular.—Daoiz y Velarde.—Matanzas.—Traición de Murat.—Fusilamientos.—Ofrece Napoleón á Murat el trono de Nápoles.—Disgusto y enfermedad de Murat al verse engañado: 2 de Mayo.—Acusa Carlos IV á Fernando VII de ser el responsable de la insurrección de Madrid.—Amenázale Napoleón.—Miedo de Fernando VII: su abdicación.—Abdicación de Carlos IV.—Lo que se les dió en compensación.—Resignación de Carlos IV.—Reserva de Fernando.—Lo envía Napoleón á Talleyrand para que lo distraiga.—Quiere que se le rodee de amigos.—Si Talleyrand ofendido se declaró enemigo irreconciliable de Napoleón.—Cree Napoleón haber triunfado de la resistencia de España.



En el interior las tropas francesas continuaban entrando en España, como si la frontera no hubiese jamás existido. Después de Dupont llegó Moncey con 30.000 hombres;

después de Moncey apareció Duhesme en los Pirineos orientales, marchando de Perpiñán á Barcelona, marcha difícil de explicar por la necesidad de cubrir el ejército de Portugal. Al mismo tiempo